

En un mismo espejo

Es un fastidio, como preludio tardío de una jaqueca. Zozobro entre dos opciones: servirme una copa o tomarme un analgésico. Pero ahora no sé qué está más cerca, si el vino y el descorchador, o la aspirina y el agua fresca. Opto por un cigarrillo. ¿A qué se debe ese escozor en la garganta, esa incomodidad en la nuca, esa punzada rebelde en las sienes, esa turbulencia rondando en mi pecho? Se desdobra mi cuerpo y en el marco dorado ya no cabe el reflejo. Demasiadas mujeres se miran en un mismo espejo.

No hubo excesos en la noche, apenas una copa, una película en blanco y negro, y luego, ese volverme hacía dentro, acariciando mis senos por sobre el satín negro, hurgando en mí hasta encontrar el centro y gritar tu inocente nombre cuando me estremeciera de gozo. Júrame, Johnnie, que tuviste una erección cuando mordí mis labios para no llamarte y sentí la cálida humedad empapando mis dedos.

Después vino el aturdimiento profundo, con el olor a sexo impregnando los umbrales de la vigilia y el sueño, con la sequedad en los labios por tantos suspiros liberados en vano a

* Comunicadora Social y Periodista de la Universidad Autónoma del Caribe (Barranquilla). Autora de los libros *Paisajes para conjurar la soledad* (2020) y *Amparo de tutela a favor de los puntos suspensivos* (2021). Prepara el lanzamiento de *Mujeres de mil pintalabios*, un compendio de narraciones en primera persona, y de *Actos crepusculares*, un poemario erótico escrito al filo de sus perversiones.
e-mail: cgarciavalderrama@gmail.com



Nabely Figueroa Lee, "My eyes on you, babe" (2020).

favor de mi dueño. ¿Entonces? ¿A qué se debe este incordio de sensaciones? ¿Qué pasión reprimida le da latigazos a mi cuerpo y me cuelga plomos en los párpados como si todo mi cuerpo se hubiera vuelto espeso?

No es la luz irradiante del día. Un suave sol rocía de luces las palmas y viste de gala los arbustos de las jardineras. Perezosos aromas despliegan su encanto: huele a lavanda, a incienso. Por mi cuerpo un riachuelo despidе azahares hacia las orillas y el carmín me incita a masticar fresas maduras o ramitas de cerezo. El viento tibio trepa por mis piernas, se anuda a mi cintura, me envuelve y desmadeja mis cabellos. Hay música de alas rondando por la ventana, escabulléndose entre las sombras y a través de las ramas impúdicas de los almendros.

Sigo agazapada tras las páginas de cualquier libro. Aspiro el olor a tinta, siento la aspereza del papel absorbiendo fútiles intentos por concentrarme en la propia historia y lidiar

con el desenfreno. Resulta más fácil ser la heroína de la novela que percibir mi contorno, delinear mis vestidos, y encima, endilgarme sensaciones de ahogo, de disimulo y de iras que contrarían este mecerme en el viento a bordo de un incipiente argumento.

El libro ha caído de bruces sobre el almohadón del piso. ¿Madame Bovary? ¿Eugene Grandet? ¿Anna Karenina? Tal vez Marguerite Gautier... ¡No logro descifrar el nombre en letras de oro sobre la portada de cuero negro! Mis ojos se cierran. Solo percibo el tintineo de las lágrimas de cristal sobre el bronce apagado, el roce morboso de las cortinas contra el ventanal abierto. Entre satines y encajes se diluye el personaje y ya no tengo claro si era yo quién leía o quién escribía... Demasiadas mujeres se miran en un mismo espejo.